

acontecimiento. Toda la ciudad acudió á los funerales y pedían trozos de su hábito para reliquias. Todavía dura fresca en Córdoba la memoria del humilde donado.

Una noche en que Fray Javier pasó á la iglesia á practicar sus ejercicios de devoción, encontró frente al altar de la Virgen á un caballero inmóvil como si estuviera muerto. Se aproximó á él, quien le habló de esta manera:—Padre, perdóneme.—¿Qué es lo que debo perdonar? contestó Fray Javier.—Voy á revelárselo: me había quedado aquí con intención de robar las alhajas de la Virgen; ya iba subiendo á ejecutar mi sacrilego proyecto, cuando he sentido una fuerza irresistible, como un golpe eléctrico que me ha derribado, y hasta ahora no me permite moverme. Conozco que es un castigo, y bien merecido.—Así es, hermano; pero ya que lo conoce, pida perdón á Nuestra Señora, haga una buena confesión, y no dude que esto ha sucedido para bien de su alma. Con el auxilio de Fray Javier pudo levantarse el caído, confesó ingenuamente que había sido castigado con mucha misericordia, y autorizó para publicar el hecho, callando su nombre.

El 1841 llegó á Córdoba orden del general Oribe, satélite del tirano Rosas, y que hacía su campaña del Norte, para que cuatro caballeros de las familias más distinguidas fueran remitidos presos á Buenos Aires. Las personas más pudientes acudieron al gobernador interino, pidiéndole que suspendiese el cumplimiento de la orden; pero éste se excusó alegando que no tenía facultades para ello. Las acongojadas familias de los caballeros, á quienes se podía considerar condenados á muerte en aquella época aciaga pusieron el negocio en manos de la Virgen del Rosario por medio de Fray Javier; envióse atenta súplica al gobernador propietario, y luego volvió el mensajero con increíble celeridad trayendo respuesta favorable. En busca de mayores garantías el

Sr. Robles (éste era uno de los caballeros), y dos de sus hijos se dirigieron á Buenos Aires, llevando carta de recomendación del coronel González, que había estado hospedado en su casa, para el dictador Rosas. Entregan la carta á la hija de éste, á la célebre Manuela, que era la única que ejercía influencia en su alma fiera, la cual prometió apoyarla; pero la contestación de Rosas fué: «Eh! los Robles son unos *salvajes unitarios*; González se ha dejado engañar». ¡Qué augurio tan desconsolador! Moverse de Buenos Aires era agravar la causa. Resolvieron permanecer allí, encomendándose á Dios y á la Virgen del Rosario, venerando al través de la distancia su milagrosa imagen de Córdoba; y con asombro vieron que no eran molestados. En su mismo barrio vivía el famoso Moreira, uno de los más sanguinarios capitanes de la llamada *Mazorca*; espantosos degüellos se ejecutaban en derredor. Un sábado que volvían de la Salve, encontraron un grupo de seides de esa temida sociedad, que se detuvo á mirarlos; pero los dejaron pasar sin hacerles daño. En vista de tantos favores, los interesados confesaban deber la vida á la que es llamada Consuelo de los afligidos.

V

LA CORONACIÓN

Á principios de 1891 los religiosos de Santo Domingo, estimulados por muchas personas devotas, principiaron á acariciar el proyecto de coronar la imagen milagrosa del Rosario. El Ilmo. Sr. obispo, Dr. D. Fray Reginaldo Toro, de la orden de Predicadores, que había sido educado en ese convento de Córdoba, su ciudad natal, y era de los primeros que abrazaron allí la vida religiosa

en su reforma y estrechez primitiva, acogió con entusiasmo la idea, y dirigió á la Santa Sede una solicitud concebida en los términos siguientes:

BEATÍSIMO PADRE:

«El Obispo de la Diócesis de Córdoba, en la República Argentina, América Meridional, acompañado de su Venerable Cabildo Eclesiástico, Clero secular y regular, las autoridades civiles del Gobierno de la Provincia, de los Tribunales de Justicia, de la Municipalidad de esta ciudad y de un número considerable de los más distinguidos ciudadanos, cuyas firmas figuran adjuntas, humildemente postrado á los Pies de Vuestra Santidad, expone: Que en Octubre del año próximo de 1892, en la misma fecha que se cumplirán cuatro siglos que la América fué descubierta por Colón, librada de la obscuridad de la idolatría y principió á convertirse á la religión del verdadero Dios nuestro Salvador, se cumplirá también el tercer centenario que llegó á Córdoba desde España y sobre Lima, de un modo extraño é inusitado, la Imagen de Nuestra Señora del Rosario, llamada con pública voz *La Milagrosa*, la que desde entonces hasta hoy se venera en el templo de los Padres Dominicos de esta ciudad.

«La invocación y el culto de esta excelsa Señora ante la veneranda Imagen ha sido siempre, como es hoy, el principal refugio de nuestro pueblo católico, y gran parte de la República entera, en todas sus aficciones y penas, ya sean domésticas ó públicas, personales ó generales: y no hay tradición de haberse sacado su simpática Imagen en procesión á pedido de las autoridades, sin que inmediatamente haya cedido la plaga que pesaba sobre el país, fuese peste, seca ú otra semejante.

«Agobiado como se encontraba hoy nuestro país por tantos males morales, intelectuales y materiales, el pueblo fiel, creyente y católico, apoyando y ayudando

los esfuerzos de su pastor y de sus guías espirituales, besando el Pie de Vuestra Santidad, implora con grande instancia la Coronación de esta sagrada Imagen con una corona de oro y piedras preciosas el primero de Octubre de 1892, como prenda de su devoción y señal de su gratitud hacia la Augusta Soberana Madre de Dios y Madre é intercesora nuestra, refugio y auxilio en todos nuestros peligros, sufrimientos y miserias».

Y para lograr con más eficacia su demanda, se trasladó á Roma, y vió premiados sus esfuerzos; pues el sabio León XIII, por Breve de 5 de Abril de 1892, le facultó para coronar en su nombre la veneranda imagen.

De regreso á su diócesis, expidió fervorosa Pastoral en 8 de Septiembre de 1892, señalando el primero de Octubre próximo para cumplir la augusta ceremonia de la coronación, y ordenando que se celebrara un triduo solemnisimo de preparación con sermones encargados á distinguidos oradores.

Los Dominicos y el pueblo en masa se habían preparado de antemano para tan fausto día, restaurando el santuario, nombrando comisiones encargadas del adorno, de la música y de los menores detalles de la ceremonia. Vista la afluencia de peregrinos que llegaba, se comprendió que todo local cerrado, por espacioso que fuese, era insuficiente para contener á los que querían dar lustre á la fiesta con su presencia. Se convino en hacer la coronación en las afueras de la ciudad, en la Nueva Córdoba, levantando al intento elegante pabellón.

Este templo *pabellón* se construyó sobre una plataforma de madera poligonal, abarcando un espacio de 1600 metros cuadrados de superficie y 35 de altura desde el centro del polígono.

El domo, que así también se llamaba á este templo pabellón, tenía 14 grandes arcos y tres portadas, que, por medio de graderías de madera, daban acceso al

pabellón, habiéndose empleado en la obra 110.000 pies cuadrados de madera.

En el extremo sudoeste del domo, sobre el tablado ó plataforma, se construyó un palco con gradas, destinado al coro, ó *guardia de honor* de la Virgen, compuesto de 52 señoritas de las más distinguidas familias de Córdoba. En este mismo palco se colocó la orquesta de 100 profesores.

Al lado de este palco y hacia el oeste, se levantó otro más pequeño, destinado á la colocación de 25 niñitas, que lanzaran al aire gran número de palomas blancas en el acto mismo de la coronación. Estas palomas llevaban en el cuello cintas de color.

En el centro de la plataforma y á un nivel de un metro y medio más alto, se levantaba la cúpula y media naranja y cruz, que medían 12 metros, representando la que existe en Santo Domingo. En el plantel de ésta encontrábase el altar en que se efectuó el acto solemne de la coronación, y detrás de él dos escalinatas convergentes en un pequeño plano, al que subieron los preladados para colocar la corona en la cabeza de la imagen. Hacia la derecha del altar se había levantado un pequeño púlpito.

Para formarse una idea, siquiera aproximada, de la grandiosidad de este improvisado templo, basta consignar que el solo arrendamiento de la madera empleada en toda la obra costó 9000 pesos, y 4700 el trabajo de carpintería.

Para su decorado interior se emplearon 300 piezas de tela, de 20 yardas cada pieza, es decir, unos 5500 metros, costando la sola decoración 2000 pesos.

Al amanecer el día primero de Octubre, las campanas echadas á vuelo despertaban á los vecinos de Córdoba, anunciándoles que había llegado la hora de la glorificación de María. Sus calles aparecieron engalanadas.

Organizóse á la hora competente conmovedora procesión, presidida por siete venerables obispos argentinos, y además Monseñor Mariano Soler, obispo de Montevideo. Asistieron las autoridades todas de la Provincia, y concurso innumerable de fieles. La procesión recorrió el trayecto que mediaba entre el templo de los Padres Dominicos y el domo.

El Ilmo. Sr. Dr. D. León Federico Arneyros, Arzobispo de Buenos Aires, celebró de pontifical. Después del evangelio pronunció elocuente sermón el Ilmo. Sr. Doctor D. Pablo Padilla, obispo de Salta. Acabada la Misa, el obispo de Córdoba ciñó á las imágenes de la Virgen y de su divino Hijo ricas coronas, bendecidas anteriormente por el mismo Pontífice León XIII.

Cuando el pueblo vió coronada la devotísima imagen, cuando vió realizadas sus esperanzas tanto tiempo acariciadas, un viva, largo como su fe y majestuoso como la creencia que le diera vida, resonó en el recinto; y cuando terminó esta espontánea manifestación de gozo, un coro de angelicales niñitas lanzó á volar numerosas palomas blancas con cintas azules, redoblaron los tambores, rompieron las bandas de música en dianas triunfales, los batallones presentaron armas, se enarbolaron banderas en los edificios públicos y privados, y latieron de entusiasmo los corazones de los argentinos.

El R. P. Rafael Moyano hace de las coronas la descripción siguiente: «Ellas fueron construídas por la casa Poussielgue Rasand, de París, la misma que construyó la de Nuestra Señora de Luján. Las dos están fabricadas con oro, proveniente de joyas fundidas para ponerlas en obra, y pesan, sin las piedras preciosas, dos kilogramos. Su ejecución consistió en un trabajo preliminar de laminación de oro fundido, uno de cincel en seguida, y finalmente el trabajo de joyería para la colocación de los diamantes y de las piedras preciosas, que constitu-

yen su principal ornamentación; y fué totalmente llevada á cabo en el término de 45 días. El estilo artístico empleado en ambas coronas es el moderno, y la mano de obra es notable por su elegancia y sencillez.

«He aquí una relación exacta del número, especie y colocación de las piedras preciosas, con la designación de las partes de que se componen ambas joyas:

«*Corona de la Virgen*.—Diadema y ornamentos en filigrana de oro: 288 brillantes, 168 rosas, 35 topacios y amatistas.—Florones: un magnífico anillo de varios diamantes hacia el frente, 2 zarcillos de zafiros rodeados de diamantes, 3 rubíes, 30 diamantes muy hermosos.—Arcos: 163 brillantes, 653 rosas, 154 diamantes, 30 rosas.—Esfera superior: estrellas tachonadas de diamantes, 3 diamantes, 74 rosas.—Cruz final: 1 esmeralda, 4 perlas finas muy bellas, 10 diamantes.

«*Corona del Niño Jesús*.—Diadema y filigranas: 12 brillantes, 6 rubíes, 6 zafiros, 30 topacios y amatistas.—Arcos: 48 diamantes, 478 rosas, 12 rubíes, 12 zafiros, 12 perlas.—Cruz: 5 rubíes, 9 diamantes.

«Las piedras preciosas suman un total de dos mil doscientas cuarenta y seis. No comprendemos en él las perlas finas que en forma de rosario rodean por arriba y abajo las diademas de las coronas. El número de ellas es de trescientas cincuenta.

«Bastan estos datos para formarse idea de la magnificencia de las coronas. Según cálculos aproximados, el valor de las piedras preciosas es de 50.000 pesos nacionales, y si á esta suma se agregan 13.600 francos, valor del trabajo artístico, y 6660 francos, precio de los dos kilogramos de oro que en esta obra entraron, resulta que el valor total de las dos coronas es aproximadamente de 62.000 pesos, moneda nacional».

VI

SAN FRANCISCO SOLANO

Hay un santo que merece el amor y el respeto de toda la América del Sur, y especialmente de las actuales Repúblicas de la Argentina, Perú y Bolivia, porque fué su más insigne apóstol. Tal es San Francisco Solano. Como ya hemos dicho que fué de los cinco bienaventurados que rindieron culto á la portentosa imagen de Nuestra Señora del Rosario, creemos oportuno dar aquí un resumen de su admirable vida.

Nació en Montilla, provincia y diócesis de Córdoba, en España, el 10 de Marzo de 1549, de los piadosos consortes Mateo Sánchez Solano y Ana Jiménez, que criaron al niño en el santo temor de Dios; y cuando llegó la época oportuna, fué colocado en el colegio de los jesuitas de su pueblo natal. Ansioso Francisco de recogimiento y de penitencia, tomó el hábito religioso en la orden seráfica de San Francisco á la edad de veinte años. Ordenado sacerdote, ejerció su celo en la predicación y en obras de misericordia, principalmente en los hospitales, cárceles y lazaretos de apestados. Mas no hemos de detenernos en relatar el cúmulo de virtudes que ejercitó desde la niñez y tuvieron su desarrollo en la soledad del claustro. Veamos sólo su apostolado en América.

Había solicitado ir á las misiones de África; pero no le fué concedida esta gracia, porque la divina Providencia le reservaba un campo más vasto en las selvas vírgenes que acababan de descubrir los españoles. Á iniciativas del rey Felipe II, los prelados franciscanos enviaron considerable número de religiosos á evangeli-

zar las Indias, entre los cuales se contaba nuestro Solano.

Desde que recibió tan fausta noticia, no cesaba de dar gracias á Dios y de encomendarle tan santa empresa. Hízose á la vela en la armada en que venía el Virrey del Perú, don García Hurtado de Mendoza. ¡Dichosa nave, que trasportaba á las Indias un tesoro mil veces más valioso que el oro y la plata con que estas ricas regiones acreditaban su vasallaje á la metrópoli!

Tenia entonces nuestro héroe cuarenta años. Venía á cultivar la viña del Señor en edad madura.

En la navegación, que fué larga y peligrosa, ejerció la caridad corporal y espiritual con sus compañeros, predicando, confesando y edificando á todos, hasta llegar á Cartagena y Portobelo, y después por tierra á Panamá. Tuvo que atravesar el caudaloso río Magdalena, librándose milagrosamente de dos caimanes que ya estaban dispuestos á devorarlo. Embarcado de nuevo en este último puerto para dirigirse á Lima, ejerció un acto heroico de celo. Habiendo encallado la nave en un banco de arena, todos los pasajeros estaban expuestos á perecer. El superior de los franciscanos y otro valiente regresaron en débil lancha á buscar auxilio en Panamá, expuestos á cada momento á zozobrar. En otra lancha iba el capitán acomodando á las personas más caracterizadas. Invitado San Francisco Solano á refugiarse, viendo el grave peligro de perecer en que quedaban otros, especialmente ochenta negros, algunos de los cuales no habian recibido aún el bautismo, rehusó el ofrecimiento; y tomando su crucifijo, instruyó á aquellos infieles en los misterios de la fe, les administró el bautismo, y exhortó á los demás á penitencia: después de lo cual la furia de la tempestad dividió en dos partes el navío, pereciendo muchas personas con fundadas esperanzas de su salvación por los socorros espirituales

que habian recibido del santo, quien permaneció tres días con los demás que escaparon de la muerte en la parte del navío que quedaba sobre la roca.

Llegado á Lima, apenas se detuvo unos pocos días; y luego recibió orden de pasar á Tucumán, teniendo que recorrer setecientas leguas, sin más riqueza que su crucifijo ni más apoyo que su bordón de peregrino; había de atravesar bosques enmarañados, poblados de indios salvajes, de bestias feroces é insectos venenosos, vadear ríos crecidísimos, y seguir rutas desconocidas, jamás holladas por las plantas de los conquistadores, sin que tantas dificultades fuesen parte á detener ni demorar su carrera de apóstol.

Llegado á la viña que le deparaba el Señor, se dedicó á estudiar las lenguas de los indios, aprendiéndolas en quince días; de suerte que los mismos naturales lo atribuían á arte mágico. Más tarde Dios le favoreció, como á los Apóstoles, con el don de lenguas, de suerte que, predicando él en su lengua nativa, le entendían todos como si lo verificase en la propia de cada uno.

Catorce años duró su rudo ministerio en la Argentina, estando siempre en acto atravesando leguas y leguas de esas inmensas pampas con la facilidad con que nosotros recorremos pocos kilómetros. Alguna vez, para vadear un río, tendió su capa, que le sirvió de barca hasta trasladarse á la orilla opuesta. Sólo Dios, que cuenta las estrellas del firmamento, sabe las almas que este hijo del serafín de Asís conquistó para Jesucristo. Con un solo sermón convirtió á muchos miles de infieles que arremetieron á mano armada contra los cristianos.

Parece que jugaba con los milagros. Hizo brotar agua de las peñas vivas para apagar la sed de unos compañeros de viaje; alargó una viga para que pudiera servir en la iglesia en construcción de su orden en Santiago del Estero; ahuyentó las langostas que asolaban los

campos de Salta y Jujuy, mandándolas retirarse al lugar que desde entonces se llama *Cerro Colorado*.

La obediencia le destinó á Lima; y así volvió á recorrer á pie sus setecientas leguas. En esa ciudad, llamada entonces la Babilonia de América, predicaba por las calles y plazas y en donde se reunía gente con peligro de ofender á Dios. En un fervoroso sermón movió á la ciudad entera á hacer penitencia, amenazándola con un castigo que la divina justicia le tenía reservado.

Tantos y tan apostólicos trabajos no le eran estorbo para cuidar de su propia santificación. Pasaba las noches delante del altar de Jesús Sacramentado. Celebraba la misa con tan encendidos afectos, que parecía un serafín, y despertaba ternura á los que le contemplaban. Amaba á la Virgen María con el cariño de un hijo. Le cantaba endechas amorosas y le dirigía mil suavísimos requiebros. Era humildísimo de tal suerte que tenía hambre de humillaciones.

Dios le purificó enviándole larga y dolorosísima enfermedad. Cuando más recios eran los dolores, apretaba con vehemencia el crucifijo al pecho y exclamaba: «¡Dichoso yo, que no habiendo tenido fuerzas bastantes para domar y castigar este cuerpo, mi enemigo, viene ahora en mi ayuda la mano de Dios y hace en mí lo que yo debía hacer!». Sus últimas palabras fueron las de su jaculatoria favorita: *Sea Dios glorificado*. Murió plácidamente en el Señor el 14 de Julio de 1610, fiesta del seráfico Doctor San Buenaventura, de quien siempre había sido muy devoto.

Su entierro fué propio de un santo. Dios acreditó la virtud de su siervo transformando su rostro, dejando flexible su cuerpo, y con otras circunstancias maravillosas. Todos los limeños se disputaban los pedazos de su hábito para reliquias. Clemente X lo beatificó en

1675, y en 27 de Diciembre de 1726 fué solemnemente canonizado por Benedicto XIII.

Autoridades.—*La Milagrosa imagen de Nuestra Señora del Rosario que se venera en el convento de Predicadores en la ciudad de Córdoba*. Apuntes históricos sobre su origen, culto, etcétera, por el Doctor Uladislao Castellanos, 1 vol. de 214 páginas en cuarto, publicado en Córdoba el año 1891, establecimiento tipo-litográfico *La Minerva* de A. Villafañe. Este libro es lo más importante que se ha escrito sobre la materia. El autor murió siendo arzobispo de Buenos Aires.—*Origen y coronación de Nuestra Señora del Rosario del Milagro*, por el R. P. Rafael Moyano, del orden de Predicadores, 2 vol. de 600 páginas cada uno, impresos en Buenos Aires el año 1893, imprenta de P. E. Coni é hijos.